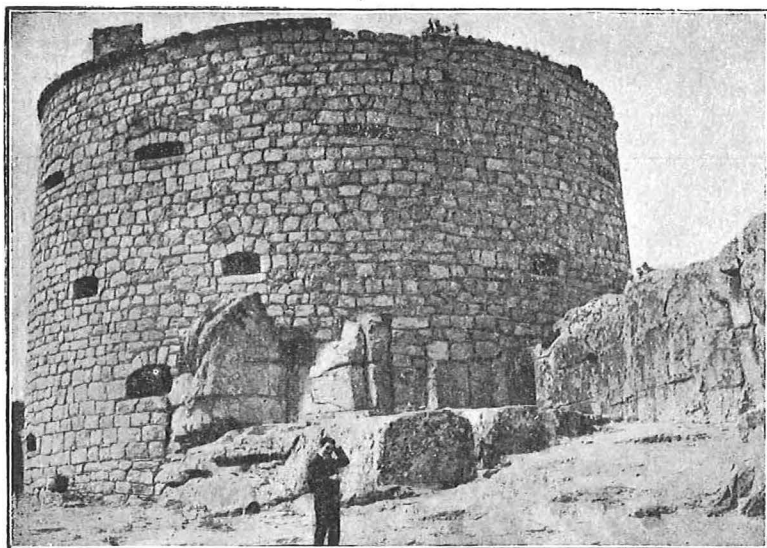
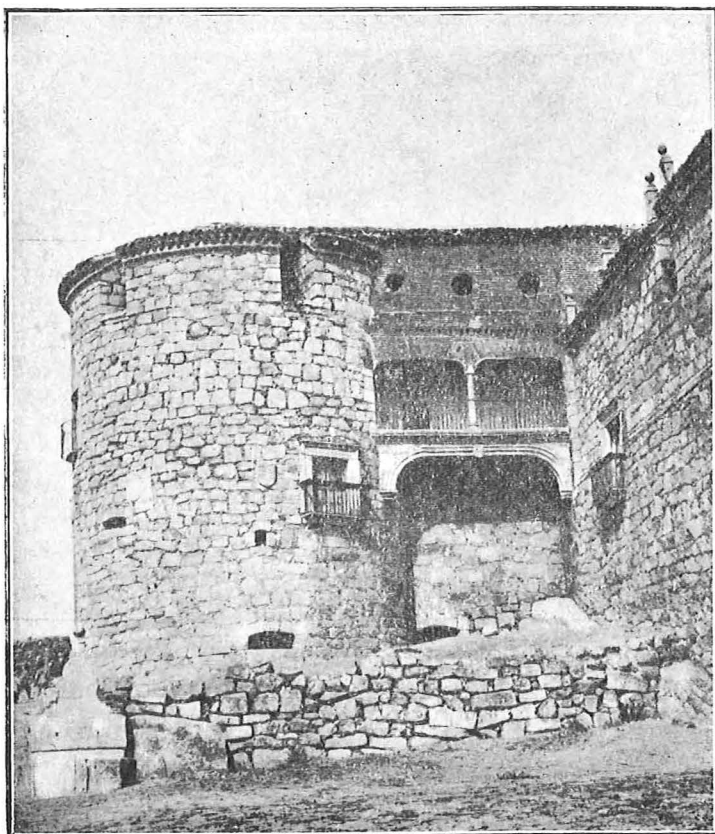


Patio del Castillo de las Navas del Marqués

(Fot. Torres Balbás)



Torreón del siglo XV del Castillo de las Navas del Marqués



Torreón de la fachada del Castillo de las Navas del Marqués
(Fots. Torres Balbás)

MONUMENTOS DE LA SIERRA

EL CASTILLO DE LAS NAVAS DEL MARQUÉS

(AVILA) ⁽¹⁾



ESPAÑA a mediados del siglo XVI. El Emperador gana batallas, conquista reinos, extiende el dominio político de nuestra patria por todo el mundo; españoles aventureros van a América, a Flandes, a Italia, animados de un febril dinamismo que hoy nos asombra, pasando a diario por apuradas situaciones que logran salvar a fuerza de audacia y valor; nuestros artistas vuelven de Italia impregnados de nuevas formas; los catedráticos de Salamanca y Alcalá ven sus aulas llenas de alumnos ávidos de saber; humanistas y eruditos en sus cátedras, en la paz de los claustros y bibliotecas, en los obispados y dignidades eclesiásticas, muchos de ellos, leen ávidamente, traducen y comentan a los clásicos griegos y latinos; los nobles y potentados edifican palacios e iglesias de cuyas formas trasciende un lejano perfume de Italia. Mientras tanto sigue el labrador el *mezquino* en los páramos castellanos, en las vegas y sierras de Andalucía, en las tierras de Aragón, con los mismos usos, con la misma vida e idéntico espíritu que siglos atrás. La vida moral no participa de ese movimiento; no participará tampoco de los posteriores y hoy nuestros labriegos siguen en sus pueblos perdidos sin comunicación alguna —¡tan lejanos del mar!— sin recibir un átomo de espíritu moderno. Morirán todos aquellos hombres activos, inteligentes, valerosos, cultos, de nuestra primera mitad del siglo XVI; una reacción funesta tratará de ahogar el espíritu crítico y el libre exámen; los territorios se irán perdiendo poco a poco; los palacios abandonados por sus dueños que van a vivir a la Corte, tras la limosna del favor regio servirán de pajares y viviendas a humildes menestrales, y mientras tanto, entre tanta ruina, únicamente permanecerá fija, inmutable sin la más leve alteración a través de la acción fatal del tiempo, la vida rural de nuestra patria; seguirá el labriego en el mismo estado de servidumbre, de ignorancia, de atraso, de rutina...

(1) El castillo de las Navas del Marqués perteneció a la Casa de Melinaceli que lo vendió con otras propiedades hace algunos años a La Unión Resinera Española.

*
* *

En un extremo de la sierra de Guadarrama, en su unión con Gredos, a 1.300 metros sobre el nivel del mar, queda—no se podía decir lo mismo dentro de algunos años—un recuerdo de esa actividad española del renacimiento. Es el castillo de las Navas del Marqués, edificado sobre un cerro granítico, desde el que se contempla un admirable paisaje desolado, de lo más pobre, seco y adusto de nuestra Sierra, una tierra parda, pelada, nevada en invierno, agostada en verano, por la que asoman grandes cantos redondeados de granito. Un miserable agrupamiento de pobres casas serranas forma el pueblo, y a su entrada varios hotelitos mezquinos y sin gracia sirven de albergue veraniego a algunas familias madrileñas.

Nuestros excursionistas frecuentan poco tal lugar y escasas veces se le cita entre los monumentos de la sierra. Sin embargo merece figurar en su itinerario monumental al lado del pueblo entero de Pedraza, del monasterio de Ntra. Sra. de la Sierra, del castillo de Manzanares, de la iglesia, hospital y murallas de Buitrago, de la cartuja del Paular, del Escorial y de los palacios de la Granja, Valsain y Riofrio.

*
* *

Desde lejos el castillo tiene un imponente aspecto militar, con sus pesados cubos, numerosas troneras escasos balcones, a esa impresión constituyen los sillones graníticos y toscos y mal sentidos de que se hicieron sus muros puestos sobre la misma roca que en algunas partes aprovechó no sólo de cimiento, sino también de muralla. Una puerta con labrado escudo, da ingreso a un vasto recinto delante de la fortaleza que hoy día es yermo. No debió serlo en el siglo XVI, pues consérvanse restos de una fuente de piedra cuyas aguas darian vida a aquel erial. Dos torreones cilíndricos protegen la fachada en cuyo centro se abre una puerta sencilla de pilastras rematada por un frontón y cuatro balcones con dinteles y jaulas graníticas, molduradas, y sencillo balconaje de hierro. El torreón de mediodía forma cuerpo con el resto de la edificación; el del norte es obra avanzada sobre la fachada principal, unida a ella por una bella galería volada, de ladrillo, en parte, gótico-mudejár, de carácter segoviano. Algún balcón y varias troneras ábrense en otras torres, cubiertas, como el cuerpo del castillo, con tejados sobre cornisas modernas de ladrillo.

Al norte distínguese, detras de uno de estos torreones de fachada, otro enorme, panzudo, de aparejo aun más irregular, con troneras y cornisa de bolas rematándole.

La puerta dá paso a un enorme zaguán al que llega escasa luz, con techo de gruesas vigas. Pequeñas puertas ábrense en él a varios aposentos subterráneos; una ventana enrejada en su frente permite ver desde el patio quien llega. En el extremo opuesto al de entrada de este zaguán, según la costumbre de jamás olvidada en castillos y palacios, una puerta para llegar a la cual hay que subir trece peldaños granítico, da paso al patio cuadrado. El tránsito es brusco y la impresión intensa al pasar desde la oscuridad a la luz cegadora de aquél. Pero además el granito guadarrameño que en el exterior forma como una gran roca más, en unidad con el paisaje, pretende conmovernos en las galerías del patio con una gracia italiana. El estado de ruina y abandono en que se encuentra, los fustes y cornisas destrozados y caídos, la hierba rala y agostada que crece en su centro nos dice en cambio que estamos en tierra de Castilla «mejor para ganar de nuevo que para conservar lo ganado, que muchas veces lo que ella hizo ella misma lo deshace» según palabras de Fernán Pérez de Guzmán. (1)

Tiene este patio una galería baja de arcos escarzanos sobre gruesas columnas jónicas, con escudos en las enjutas, y otra sobre ella de dinteles sostenidos en columnas toscanas sobre pedestales. El antepecho de este cuerpo alto es de bellos balaustres de hierro forjado. Los escudos tienen los trece roeles de Avila y la banda de los Córdoba. En algunos se ve el león de los Benavides.

Del lienzo de frente a su puerta de ingrenso arranca la escalera principal, hoy destrozada.

Alrededor del patio ábrense las habitaciones, espaciosas, con buenos techos de gruesa viguería, con alguna chimenea de piedra y jambas y dinteles sencillamente labrados. Desde las del mediodía un paso abierto daba entrada directa a la tribuna de la inmediata parroquia.

La ruina es más completa en la parte de poniente, por donde el cerro es muy escarpado y la vista abarca un extenso y severo panorama.

Por allí llégase también al pie de la gran torre ya citada, de enormes muros de unos cuantos metros de espesor, dividida en planta interiormente por otro en dos semicircunferencias y con una escalera de piedra helizoidal que permite llegar a su parte alta.

(1) Generaciones y semblanzas.

Fué D. Pedro de Avila tercer conde del Risco, de la casa de los señores de las Navas y Villafranca y contador mayor de Carlos V. quien mandó edificar este castillo. En documento que lleva la fecha de 1475 los Reyes Católicos concedieron a su abuelo del mismo nombre, famoso capitán, el condado y «la fortaleza del Risco que vos labraste, edificastes por nuestro mandato en los valdios de la noble e muy leal ciudad de Avila» con todos sus términos (1). A esta fortaleza, construida, pues, en el siglo XV, perteneció el fuerte torreón norte de que hemos hablado. Carlos V concedió a su vez al nieto en 1533, el marquesado de las Navas. Anteriormente en 1530, estando el emperador en Bolonia, le había hecho merced de 200.000 maravedises anuales mientras viviera «por lo que el dicho D. Pedro nos ha servido, especialmente en mi venida a Italia a donde vino, estuvo a mi servicio hasta que recibí las coronas del Sacro Imperio» (2).

D. Pedro de Avila, espíritu culto, tal vez discípulo de aquel humanista siciliano Lucio Marineo que fué preceptor de nobles españoles, debió sentir a su paso por Italia la amable sugestión de la vida refinada del *cinquecento*. Cuando al terminar la primera mitad del siglo XVI construye un castillo en el cerro de las Navas del Marqués conservando un torreón del levantado por su abuelo, quiere en él rodearse de un ambiente humanístico y por todas partes, en frisos, dinteles, bancos y sillares, manda grabar inscripciones latinas, largas sentencias estóicas casi todas, y trae de Mérida lápidas, aras y cipos romanos que coloca en el patio y empotra en sus muros (3) MAGALIA QUONDAM (en otro tiempo choza) dice una inscripción en un sillar de su fachada, recordando su origen. En el zaguán, es una dedicación a san Pablo: DIVO. PAVLOS. y un largo letrero que nos da una fecha: PETRVS AVILA ET MARIA CORDUBENSIS VXOR NAVARVM MARCHIONIS ILI AVILA. PIAE FAMILIAE. ANI XXXII. POSSVERVNT AÑI MDXXXX. POSTERIS EDETE FOELI CES ET JUSTITIAM COLITE. En el mismo zaguán, en la jamba de una puerta, labróse la conocida sentencia de un espíritu desencantado: SVB SOLEM NIHIL NOVVM. Más allá, en el pedestal del que arran-

(1) Alonso López de Haro. Nobiliario geneológico de los Reyes y títulos de España. Madrid, 1622.

(2) Archivo de Simancas. Documento citado por D. Fidel Pérez Minguez en su libro *Entre pinares*, Historia, tradiciones, costumbres.

(3) José Ramón Mélida. Ramón Vives. Las Navas del Marqués. Apuntes epigráficos (Boletín de la Real Academia de la Historia T. XXV, 1894)

ca la escalera, véñse unos quevedos grabados en la piedra y debajo estas palabras: NI VIDANI VANITATEM. Otras muchas inscripciones existen en el patio. De este D. Pedro de Avila consérvase la traducción manuscrita de una novela italiana, «La Rosalinda», en la Biblioteca Nacional (1).

Murió el tercer marqués de las Navas en 1567 y fué enterrado en el convento de dominicos de San Pablo, inmediato al castillo. Fundóle en 1546 y se estaba edificando en 1560, al fallecimiento de la marquesa. Los restos de ambos esposos yacían en su iglesia, bajo una lauda de bronce en que están representadas sus efigies, con las manos enlazadas, unidos más allá de la muerte. En su testamento dispuso la marquesa que ni sus herederos ni sus criados se pusieran tocas negras ni capirotos en la cabeza so pena de maldición (2).

*
* *

Perteneció D. Pedro de Avila a una generación de aristócratas que tuvieron un raro amor por las formas renacientes y la cultura humanística de la época. Tales fueron el primer marqués de los Vélez, que construyó en Vélez-Blanco (Almería), en los primeros años del siglo XVI, un maravilloso alcázar hoy desmantelado; el marqués del Cenete gran conocedor del latín, que hizo venir de Italia artistas genoveses para construir el castillo-palacio de La Calahorra (Granada); D. Francisco de los Cobos que a mediados del siglo edificaba los castillos renacientes de Canena y Sabiote, en la provincia de Jaén; el tercer duque de Alburquerque, edificador del castillo de Cuellar (Segovia), terminado en 1559. Todos ellos son obras de aspecto militar al exterior que guardan entre sus muros la gracia frágil de las decoraciones del Renacimiento. Este de las Navas del Marqués es cronológicamente uno de los últimos, y, además, el construido con un material más ingrato y en un país más pobre. Obra hecha por artífices no muy hábiles cuando ya el Renacimiento había perdido casi todo aquel carácter pintoresco, aquella riqueza y profusión a la par que originalidad que tuvo en algunos monumentos españoles del primer cuarto del siglo XVI, preséntese ya en sus formas el cercano Escorial, que ha de ser la expresión arquitectónica más perfecta y acabada de nuestra Sierra.

(1) Pérez Minguez. Obra citada.

(2) Fidel Pérez Minguez, El Castillo del Marqués de Las Navas (Arte Español, año VI. Tomo IV, 1918).

*
*
*

En total ruina, desmoronándose rápidamente víctima de la indiferencia de sus propietarios en complicidad con el áspero clima de la Sierra, el castillo-palacio que fundara D. Pedro de Avila no seguirá dominando por mucho tiempo el pueblo de las Navas. POSTERIS EDETÉ FOELICES ET JVSTITIAM COLITE, «Vivid felizmente y cultivad la Justicia», dice la inscripción de su zaguán; las generaciones posteriores así invocadas, no sólo van dejando perecer el castillo, sino que ni respeto han tenido por los restos de los primeros marqueses de Las Navas, esparcidos por los rincones de la iglesia del inmediato convento de San Pablo.

Celosamente debió guardar en el interior de su castillo D. Pedro de Avila un ambiente de cultura y humanidades. Fuera estaba la tierra agria y reseca, el pastor rudo, la realidad áspera de ignorancia y pobreza. Para defenderse de ella pudieron servir las torres y gruesos muros graníticos y las estrechas troneras, todo el aspecto militar inútil en una tierra pacífica. En el interior era el patio con la pretendida gracia de su columnata, las inscripciones romanas, los cipos traídos de Extremadura, la biblioteca rica seguramente en obras clásicas. Las gentes de la sierra y los habitantes del castillo vivieron en completo aislamiento espiritual, separados por recios muros graníticos, fuertes unos en su incultura, encerrados los otros en su diletantismo humanístico

Consérvanse los primeros inalterables desde los tiempos del Marqués, de los segundos no queda más que el recuerdo en unas piedras que se caen y en unos letreros medio borrosos. Una vez más compruébase que para que una obra se perpetúe, hay que abrirla al sol y al aire de la vida, a la cordialidad humana a la comunión de todos. Por sólidos que sean los edificios, acaban por venirse a tierra si no sugerimos en el espíritu de los hombres que viven a su alrededor, un poco de respeto y de amor hacia ellos, es decir, un poco de cultura.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS

ARQUITECTO